

echó sobre mi estro poético un alud de piropos que casi me hacen ruborizar.

Y fue que entré un domingo a la casa de Jesús y me lo encontré en su cuarto, recostado, musulmicamente en una hamaca, leyendo y fumando.

—Ya leíste este libro?—me preguntó, indicándome el que tenía en la mano.

Vi el título: *Aires Murcianos*, por Vicente Medina.

—No, no lo he leído—contesté.

Entonces Jesús continuó la lectura en voz alta:

#### LA CANSERA

«Pa qué quiés que vaya? Pa ver cuatro espigas arrollás y pegás a la tierra?

.....  
Por esta sendica se marchó aquel hijo que murió en la guerra!»

No bien hubo terminado, del Corral me dijo:

—¿Por qué no escribes tú algo así como unos aires antioqueños?

—Porque es muy rudo el lenguaje de nuestros campesinos—le contesté—, y no se presta para lo lírico y dolorido.

—Efectivamente—repuso Jesús—; pero si pones cuidado y corazón, verás que puedes escribir poesías sentimentales en el habla rústica de nuestros montañeses.